

POLITICA Y CULTURA*

Por ARTURO USLAR PIETRI

He pedido el derecho de hablar hoy en la mañana porque pienso que el tema que estamos tratando aquí tiene una importancia de primer orden, abarca, por así decirlo, las cosas más centrales e importantes del presente y el futuro de nuestros países, y merece, por lo tanto, una apreciación un poco más detenida, a fondo y serena.

Por mi parte, me he sentido doblemente obligado a hacerlo, no solamente como miembro de la Delegación Venezolana, que en este caso representa un país cuya trayectoria y cuya posición en estas materias es ampliamente conocida, sino igualmente por razones de carácter personal. Soy un hombre que ha dedicado una gran parte de su vida a la reflexión sobre estas cuestiones, y pecaría de insincero si a la hora en que esto llega a un foro público de esta magnitud, no dijera algunas, por lo menos, de mis perplejidades, de mis angustias, o de mis preocupaciones en torno a estas cuestiones centrales.

Yo quiero ante todo, a pesar de que ya formalmente nuestro ministro de Cultura lo dijo en la anterior intervención, felicitar al señor director general de la Unesco por haber tomado la iniciativa de reunir esta conferencia, de brindar esta oportunidad para que los representantes de los países latinoamericanos y del Caribe pudieran venir un poco a hacer este examen de conciencia y a trazar algunos derroteros o puntos de vista útiles para la acción futura, y desde luego, considero que no solamente ésta ha sido una contribución feliz, sino que ha sido un acto de valor porque ésta es una materia debatible; ésta es una materia en la cual la política penetra por muchos puntos, y es natural que así sea, y, por lo tanto, es una materia, para decirlo con la palabra exacta, polémica.

Pero no es dándole vuelta a los problemas, o cerrando los ojos ante ellos, como podríamos resolverlos; es preferible que veamos esas dificultades, que las confrontemos con un espíritu abierto y con una verdadera voluntad de encontrar soluciones y puntos de vista ampliamente aceptables, si no absolutamente para todos, para una gran mayoría de los que aquí estamos y de los que aquí representamos.

* Intervención del académico Arturo Uslar Pietri en la Conferencia sobre Políticas Culturales de América Latina y el Caribe, convocada por la UNESCO en Bogotá, del 10 al 20 de enero de 1978.

Esta es una materia compleja. Esta es una materia polémica y mal definida. Cuando se habla de una convención, de una conferencia para tratar sobre la Cultura, estamos haciendo una abstracción. La Cultura no es una actividad separada. La Cultura no es una cosa añadida al hombre; no es una hora de la vida del hombre, ni una especialidad dentro de la vida del hombre; la Cultura es el hombre mismo. La Cultura no es sino todo cuanto el hombre ha creado. Podríamos decir incluso más. La Cultura es la presencia del hombre ante la naturaleza y la creación de la Historia, de modo que, sólo por una operación de abstracción mental podemos hablar de actividad cultural como de algo apartado o separado de la totalidad del hombre mismo.

Todos estamos inmersos en la Cultura. La humanidad es un producto cultural y el hombre empezó a ser hombre y dejó de ser bestia aquel remoto día en que nuestro primitivo abuelo resolvió teñirse el cuerpo de colores y comenzar a construir un utensilio.

Ese día comenzó la creación de la humanidad, y ese día comenzó la creación de la Cultura. La Cultura es la Historia; la Cultura es la totalidad de la acción del hombre; la Cultura es la totalidad de la creación humana. Claro que dentro de ésta podríamos distinguir aspectos. Podemos hablar de una cultura artística; podríamos hablar de una cultura filosófica, podríamos hablar de una cultura de alta creación; podríamos hablar de una cultura popular y folklórica; pero ésto no es la totalidad de la Cultura, ni comprende por entero cuanto esta palabra cubre y significa. Por eso es importante, y por eso es compleja esta Conferencia.

Pero cuando estamos hablando de la Cultura, no estamos hablando de qué tipo de fiestas folklóricas deben realizarse en un país o en otro; no estamos hablando tampoco de cómo conservar más o menos viviente un pasado remoto; no estamos ni siquiera hablando de qué podemos hacer en favor de nuestros artistas, de nuestros poetas, de nuestros creadores literarios o musicales. Claro; todo esto es importante. Estamos hablando de algo que habría que llamar el destino colectivo de este continente. Y de algo que es más importante, que es la identidad de este continente.

Cuando hablamos de identidad cultural, y figura en la excelente agenda que ha preparado la Dirección General, es ese rubro. Estamos hablando no de identidad cultural; estamos hablando de identidad colectiva; estamos hablando de qué somos los habitantes de este vasto continente que llamamos convencionalmente América Latina y el Caribe, como podríamos llamarlo de cualquier otra manera. El nombre no hace a la cosa; es la cosa la que importa. Y cuando decimos identidad cultural, estamos diciendo quiénes somos. ¿Somos unos seres con alguna presencia individual, con algunos rasgos que nos identifiquen, con algún destino propio, o somos unos monos que estamos imitando cosas que nos llegan, que no tenemos nada propio, que no tenemos nada que decir; que no tenemos nada que añadir a la gran herencia común de la creación humana?

Visto así, desde este punto de vista, es obvio que se revela toda la complejidad del problema, y se revela también otro aspecto que es muy importante; si la Cultura es la totalidad del hombre; si la Cultura es la presencia y la creación del hombre; si la Cultura es la historia, la Cultura es dinámica y cambiante, porque la vida es dinámica y cambiante.

Nosotros no podríamos coger un niño de doce años y decretar que todo el resto de su existencia va a seguir siendo igual a lo que es en ese momento. ¡No! Va a crecer, va a cambiar, va a correr peligros, pero va a haber ciertas cosas en él, que van a permanecer inalterables; que es su identidad, que es su yo, que es su personalidad. Eso mismo pasa con las colectividades humanas y eso mismo pasa con su expresión creadora que es la cultura.

Nosotros no podríamos decretar que ese gran fenómeno histórico colectivo y dinámico de la creación cultural lo vamos a congelar un día por la mañana y a decir: "Todo lo que hasta ahora ha ocurrido es bueno, pero de aquí en adelante, esto no vamos a permitir que cambien en nada". Eso sería absolutamente irracional; eso sería contrario a toda verdad, y eso sería suicida además. Nunca, y mucho menos en este mundo en que vivimos, ha podido el ser humano aislarse; ha podido el ser humano divorciarse de la comunicación con el resto de la humanidad, y, además, yo me atrevería a decir, y no es una herejía, que no existe ninguna cultura pura. Tal vez en algún remoto lugar geográfica e históricamente muy aislado del riñón del Himalaya, sea posible encontrar una cultura sacralizada y mineralizada que no ha cambiado en milenios, pero esto sería, para decirlo con una palabra más justa, un fósil y no un hecho viviente. Todas las culturas han sido culturas de cambio y de transformación. Toda la vida cultural del hombre ha sido como su historia, puesto que la Cultura es historia. Una historia de encuentro, de contactos, de enriquecimientos, de aportes, de cambio continuo y constante, de lo cual ha resultado una realidad cultural.

Pero esa realidad cultural es ciertamente una realidad de encuentro; la historia de la Cultura es la historia de los encuentros culturales, y eso es muy fácil verlo desde los Sumerios hasta nuestros días.

¿Qué es Occidente? ¿Qué es eso que llamamos Europa, sino el escenario de uno de los más increíbles procesos de mezcla cultural, de pugna cultural, de acomodamiento cultural, de aportes venidos de todas partes; no solamente los grandes aportes que todos conocemos de Sumerios, de Egipcios, de Cretenses, de Griegos, de Romanos, sino los aportes que posteriormente vinieron de los judíos a través de la religión, de las grandes insurrecciones e invasiones y la presencia islámica en Europa que fue tan determinante, y de la presencia germánica, de modo que Europa es una gran olla podrida.

La Cultura de Occidente ha sido el producto de miles de encuentros, de los cuales ha salido eso que llamamos la Cultura Occidental y que no se detiene.

Si ustedes se ponen a ver hechos aún más recientes, vemos perfectamente cómo ha sido ese toma y daca, ese cambio continuo, ese recibir y rechazar; incorporar y transformar que es la realidad de la cultura. Piensen ustedes, por ejemplo, en dos grandes fenómenos culturales de alta cultura; de cultura superior de nuestra época. La creación del Impresionismo y la creación del Cubismo.

¿Qué ha sido esto? ¿Cómo ocurrió esa inmensa ruptura que se produjo en el arte occidental y en cierta forma en el arte mundial por la gran influencia que Occidente ha tenido en el resto del mundo a mediados o hacia fines del siglo pasado, a partir de 1860 o 70, cuando surge una nueva visión, un nuevo lenguaje plástico en el mundo? Allí ocurrieron muchas cosas que convergieron, pero ocurre una muy importante; los jóvenes pintores franceses conocen accidentalmente

los bloques impresos japoneses, eso tuvo el efecto de una revelación viva y representaba una nueva expresión que ellos ignoraban y que ellos incorporaron inmediatamente. De modo que una semilla japonesa, un polen japonés, llevado por el azar de los vientos de la Cultura y de la historia, vino a fecundar el nacimiento de uno de los más grandes movimientos culturales artísticos y plásticos que ha conocido el mundo.

Y en el caso del nacimiento del Cubismo, el caso es parecido. Claro; no hay nunca una causa que explica ella sola toda la expresión de un complejo movimiento cultural; hay muchas. Pero en el nacimiento del Cubismo hay un factor innegable, un factor muy curioso de esa misma polinización de vida de otra cultura enteramente ajena y que en contacto con un medio cultural distinto produce un efecto. En el arranque del Cubismo, en la hora creadora en que Picasso y Braque y Juan Gris, estaban buscando otro nuevo lenguaje plástico, tuvieron por un azar, acceso a la presencia de las máscaras negras. No tenían nada en común las culturas negras africanas y la refinada, occidentalizada y medio podrida cultura en la cual se movían estos jóvenes pintores en París. Pero la visión de las máscaras negras les reveló la posibilidad de todo un nuevo lenguaje plástico que ellos incorporaron; claro, no se pusieron a fabricar máscaras negras. Eso no hubiera tenido sentido. Eso hubiera sido una caricatura, una copia ridícula. Ellos hicieron la pintura que podían hacer como occidentales, como hombres de una época y una localización, pero aprovechando el aprendizaje y la enseñanza que les daba ese arte que se había desarrollado en un medio humano, cultural y geográfico totalmente distinto y ajeno a ellos. De modo que ésta es la historia de las culturas. La historia de las culturas es la historia del encuentro, la historia de un mestizaje; es la historia de ese continuo proceso viviente que lleva pues, a ese cambio y a esa creación sin término.

Otro aspecto en el que es importante detenernos hoy aquí, y que estamos abordándolo, es el problema del Estado y la Cultura.

Esta es una conferencia de políticas culturales, y, desde luego, debíamos pensar que estamos tratando de qué papel, qué función le incumbe al Estado en este mundo de la Cultura. El mundo de la Cultura, ya lo hemos dicho, es todo el hombre; es la totalidad del hombre. No hay nada en el hombre que podamos excluir del mundo de la Cultura. De modo que es casi preguntarse qué hace el Estado con el hombre. Pero yo diría aún más. Este es un problema complejo, porque desde luego, no ha creado nunca ningún estado la Cultura en ninguna parte. La Cultura no ha sido nunca un producto estatal. Yo creo que lo contrario es la verdad; el Estado es un producto cultural. Son las culturas las que han creado la Política. Son las culturas las que han creado las estructuras estatales y muchas veces cuando se ha querido importar o adaptar instituciones de unos países para otros, se ha tropezado con inmensos obstáculos porque no se ha tenido en cuenta que no había raíces culturales locales para poder soportar o injertar de una manera eficaz esa institución transplantada o tomada superficialmente de una realidad cultural distinta.

De modo que el Estado es un supremo producto cultural. Es la creación más importante que el hombre ha hecho para su vida colectiva, y, por lo tanto, no podemos decir que el Estado es el que crea la Cultura, sino al contrario, la Cultura es la que crea el Estado.

Es la Cultura la que crea la dimensión política; es la Cultura colectiva la que da esa orientación que el Estado personifica y desarrolla.

Y si vemos hacia el pasado, podríamos ver que en realidad lo que llamamos Cultura tradicionalmente es algo que se ha creado o contra el Estado o fuera del Estado o en la marginalidad exterior del Estado. La gran creación cultural contemporánea y moderna es la creación de las lenguas romances; es una creación popular y no estatal. Las cancillerías de los Reyes de la Edad Media seguían escribiendo en mal latín, mal aprendido y mal conocido, mientras el pueblo estaba fabricando las lenguas romances, y fue de repente cuando se dieron cuenta de que se había formado allí una realidad, que existía y que ellos no la veían, y esa realidad se manifestó en la creación extraordinaria de ese instrumento central y fundamental de crear una lengua nueva que tuvo su primera expresión también en el producto de un arte anónimo que ni siquiera sabemos quiénes lo crearon. Lo debió crear alguien, desde luego, no nacen por creación espontánea las obras artísticas. ¿Qué fue la creación de Los Cantares de Gesta? El Poema del Cid no nació en ninguna cancillería de ningún rey de Castilla, no nació ni siquiera en ninguna sociedad culta de la época; nació en boca de algún juglar o de algunos juglares que hablaban en la lengua local. De modo que se hizo marginalmente, fuera de la maquinaria del Estado y aun en gran parte en oposición contra la maquinaria del Estado. Porque si ustedes se ponen a pensar, el Poema del Cid es un panfleto político dirigido contra Alfonso VI, y, desde luego, ese valor tenía para el hombre del siglo XII que lo estaba oyendo y era posiblemente la parte para él más importante y que hoy para nosotros está perdida en el valor arqueológico que ya ha revestido ese Poema a lo largo del tiempo.

Lo mismo podríamos pensar del Renacimiento. El Renacimiento no fue una empresa del Estado ni una creación del Estado. Fue la creación en algunos centros de cultura de algunos grupos de hombres iluminados que empezaron a buscar un nuevo camino. El Giotto no fue pintor de corte de nadie, ni era el ejecutante de una misión asignada por el Estado para que él la creara. En gran parte lo hizo contra la corriente de su tiempo. Los grandes creadores culturales y artísticos han sido siempre hombres que han nadado contra la corriente, que han estado en cierta manera en disidencia, en oposición, en objeción al status, al conjunto de las cosas que les rodeaban, y así ha sido la gran creación cultural de Occidente. De modo que esta creación ha sido marginal, como ha sido la creación popular del folklore, de la danza popular. ¿Quién inventó la jota aragonesa? Yo no sé quién fue el que la inventó, ni nadie lo sabe. ¿Quién inventó el Romancero Popular Español, para atenernos a lo que conocemos más?

No lo decretó ningún rey de Castilla; lo creó el Pueblo Español, lo creó marginalmente; lo creó muchas veces expresando sus puntos de vista que eran completamente distintos y ajenos. Esto nos lleva pues, a pensar que la función del Estado en la Cultura es delicada, es difícil, es polémica y que debe ser acometida con mucho respeto y con mucho temor de dañar la criatura, de caer en la tentación de poner la Cultura al servicio de un interés político transitorio, que es una tentación en la que todos los Estados del mundo caen en una u otra forma y de una manera casi inevitable.

Si el Estado quiere tener una Política Cultural, debía ser básicamente una política de respeto cultural. Una política no sólo de respeto de la Cultura que viene del pasado para tratar de que no desaparezca y se destruya sin que tampoco la convierta en una paradigma intangible y en un modelo inalterable de lo que hay que hacer y para facilitar y permitir que esa rara planta que no se cultiva en ningún invernadero, que no hay receta para producirla, se produzca. Aquí estamos en un país culto, con una gran tradición de cultura propia que es Colombia. Yo preguntaría cuál ha sido la fórmula gubernamental, cuál ha sido la providencia administrativa, cuál ha sido el plan que permitió que un colombiano de tierra caliente publicara ese gran monumento literario que se llama "Cien Años de Soledad".

En ese caso el papel del Estado consiste en crear condiciones, en no matar el arbolito, en permitir que esa cosa extraordinaria de sensibilidad que se da en algunos seres humanos se produzca y en preservar también simultáneamente todo ese sentir colectivo que viene del pasado, y aquí entramos en el problema de la Identidad.

Se ha dicho, y habría que decirlo y retomarlo muchas veces, que la creación cultural, que la identidad cultural es un rasgo fundamental. Desde luego, es el rasgo de la identidad humana, y se ha dicho que la América hispana en particular, Latinoamérica en general y la América Latina y el Caribe además, pertenecemos a la cultura occidental, y esto es verdad. Es verdad, pero de cierto modo. No pertenecemos a la cultura occidental como un francés, ni como un italiano, ni siquiera como un español, como el habitante de Jamaica o el de Barbados pertenecen a la cultura occidental, pero no como un inglés ni como un sueco ni como un holandés. Pertenecemos de una manera muy peculiar y es la que hace su originalidad y su dignidad, y la que justifica su presencia en la historia. Y es esto lo que habría que buscar y que respetar.

Nosotros pertenecemos al mundo de Occidente por cosas obvias. La lengua en general, la de la inmensa mayoría del mundo de América Latina y del Caribe, la lengua materna nuestra, no la lengua de comunicación, es una lengua occidental. Nosotros los venezolanos no tenemos otra lengua que el castellano nuestro; el castellano que nosotros hemos hecho, deshecho y rehecho a nuestra manera y el mismo caso ocurre en todo el resto de la América Latina y el Caribe. Existen, claro, algunas lenguas tradicionales que se han mantenido en algunos países, como el caso de las lenguas indígenas en algunos países de la zona andina o de Mesoamérica; pero este es un caso que no es el de la mayoría; que está muy lejos de ser el de la mayoría.

Tenemos una religión que es igualmente una religión occidental. Tenemos un juego de valores, que es un juego de valores occidentales; tenemos, en fin, una concepción del hombre y de su destino que es occidental. Tenemos detrás de la oreja la herencia cristiana y tenemos detrás de la oreja la herencia del Derecho Romano. De modo que estamos injertos no por una cosa superpuesta, sino por nuestra estructura. Pero lo somos a nuestra manera. No somos iguales; no se nos puede asimilar exactamente ni siquiera a España que sería el país occidental más cercano a nosotros, y en el caso de los países del Caribe podría ser Inglaterra o podría ser Holanda; ni siquiera en ese caso se nos podría asimilar. Tenemos cosas en común y pertenecemos a la misma varada, diferente, rica y contra-

dictoria cultura que se ha dado en llamar cultura occidental. Pero lo somos a nuestro modo. Yo diría, para citar un ejemplo, y recordando un libro muy importante, uno de los libros más tentadores, más ricos y más inquietantes de nuestro tiempo, de un intelectual joven un gran pensador moderno que es George Stainer. George Stainer ha publicado un libro que la mayoría de ustedes conocerán que se llama "Después de Babel" y allí habla precisamente del factor tiempo en la cultura, y particularmente en la lengua. Y en esta visión, George Stainer dice cosas que inspirándome en ellas, yo las voy a utilizar aquí, y diría yo: un libro como el Quijote, y esto es bueno que lo tengamos en cuenta cuando hablamos de políticas culturales, ¿lo leen igual todos los hombres? ¿La lectura que del Quijote hace un venezolano de hoy es igual a la que hace un español? ¿La lectura que hace un español de hoy es igual a la que hacía un español del siglo xvii? ¿Es que esas palabras y esas situaciones, significan lo mismo para un hombre de hoy que para el hombre del siglo xvii? ¿Es para nosotros la visión de lo que cuenta Cervantes exactamente la misma que es para un castellano? Y yo diría algo más ¿Es que la crónica de Bernal Díaz, quien era un español, sin embargo, o el libro del Inca Garcilaso, la lee un español lo mismo que un hispanoamericano?

Yo no lo creo. El hispanoamericano encuentra allí una enorme cantidad de sugerencias, de implicaciones que no entran ni pueden entrar en el panorama mental del español, como el español encuentra en El Quijote igualmente una suma de valores que no entran en el panorama normal y corriente de un hispanoamericano. De modo que tenemos una manera hispanoamericana de leer el Quijote, ¿cómo no vamos a tener una manera hispanoamericana de hacer el resto? Yo llegaría a aún más.

Nosotros hemos recibido de fuera la mayor parte de las cosas que tenemos y particularmente en materia de pensamientos, empezando por el cristianismo. El cristianismo no es una religión americana, pero el cristianismo que se desarrolló en la América Latina tiene muy poco que ver no solamente con el cristianismo del siglo i en Judea, sino con el cristianismo español. Hubo un cristianismo hispanoamericano, muy marcado; marcado de mestizaje de culturas indígenas muy característico, un cristianismo lleno de magia. Y posteriormente cuando empezaron a llegar las doctrinas científicas, el racionalismo que se desarrolló en la América hispana era el francés o el inglés, pretendidamente. Pero la manera como los hispanoamericanos entendimos el racionalismo era totalmente diferente y lo aplicábamos con fines completamente contrarios. Y lo mismo pasó con el positivismo. Y yo me atrevería a más. ¿Es que no hay un marxismo latinoamericano hoy? ¿Es que el pensamiento llamado marxista en América Latina es exactamente el mismo que los europeos mantienen y sostienen hoy en día? ¿O está teñido de circunstancias latinoamericanas, de emoción latinoamericana, de magia latinoamericana, de peculiaridad latinoamericana? De modo que tenemos una individualidad cierta y esa individualidad es la que afirma nuestra originalidad en el mundo y nuestra presencia y nos justifica.

Vivimos en un mundo, señores, ya voy a terminar. Les pido perdón por robarles más tiempo del que pensaba, pero creo útil que reflexionemos en torno a estas cosas centrales. Vivimos en un tiempo, ya lo hemos dicho mucho, de globalización. En un mundo en que, como, para emplear la palabra de Mc Luhan somos

todos habitantes de la aldea mundial, estamos en contacto los unos con los otros; somos testigos de todo lo que pasa. Vemos la ocurrencia en el momento en que está sucediendo; vimos al hombre poniendo el pie sobre la Luna en el momento en que lo ponía; de modo que sabemos todo lo que pasa en toda la redondez del planeta; eso nos globaliza; leemos el último libro que se publicó en cualquier parte del mundo; cantamos la última canción que se puso de moda en el lugar más apartado; vemos la película que está llamando la atención, de los grandes centros mundiales nos llega. La televisión, los medios audiovisuales, la radio, nos mantienen en una comunicación extraordinaria, es decir, para decirlo con una imagen de Mc Luhan, es como si a nuestro sistema nervioso le hubieran conectado una red que abarca el planeta entero, y estuviéramos recibiendo continuamente un mensaje que al hombre primitivo no le iba más allá de la punta de sus dedos o al alcance de su vista y de su oído.

Esa globalización, claro, implica que ese proceso de cambio de mutua influencia crece en la misma proporción. Y esto es precisamente uno de los problemas que se nos plantean.

No podríamos nosotros, y sería lo más suicida que podría hacer la América Latina, decretar la cuarentena cultural. Declararnos fuera del mundo. Proclamarnos un Tibet cultural. Decir, no vamos a recibir nada de fuera. Tenemos que recibir de fuera; tenemos que estar abiertos al mundo, pero tenemos que estar abiertos al mundo sin hacer el pacto de Fausto, es decir, vamos a estar abiertos al mundo sin venderle nuestra alma al diablo. Vamos a tratar de recibir todos los beneficios de la comunidad universal; vamos a tratar de estar al día en la ciencia y en la tecnología, pero sin olvidar quiénes somos, sin perder de vista nuestras raíces, recordándolo continuamente y pensando que si tenemos un futuro, ese futuro tiene que ser un futuro de dignidad, tiene que ser un futuro de poder, y tiene que ser un futuro en el cual, conservando nuestra alma, conservando nuestras raíces, conservando nuestro acento, podemos tratar de igual a igual y de quién a quién con los que hasta hoy tienen el monopolio de la ciencia y de la cultura y que nosotros tenemos interés en que no conserven ese monopolio. No porque nos regalen la ciencia y la cultura generosamente, sino porque nosotros vamos a entrar a parte entera a crearla con iguales derechos y con iguales capacidades.

Esa es la visión que debemos tener del futuro y esa es la visión que debe mover este gran problema de la política cultural.

Es un tema, como digo, de gran deicadeza, un tema lleno de polémica porque implica puntos de vista políticos de toda clase, y en el cual no es posible que el Estado moderno dé la espalda y se aísle, porque, quiéralo o no, se lo proponga o no, y muchas veces se lo propone más que no, todo Estado, por el hecho de existir y por el hecho de actuar, es un fenómeno cultural y está creando, condicionando, modificando e influyendo el ámbito cultural en el cual existe.

De modo que es preferible que tome conciencia de esto, y que sepa los riesgos y las responsabilidades que sobre él incumben.

Yo quería darles a ustedes las gracias por haberme dado la oportunidad de decir estas cosas obvias, que no hacían ninguna falta, porque todos ustedes las

tienen igualmente presentes, para nuevamente agradecer al señor director general de la Unesco y a la Secretaría el esfuerzo y el valor, repito la palabra, con que ha acometido esta difícil empresa, y esperar que de este encuentro y de la presencia de las dificultades y los obstáculos, todos salgamos reconfortados y más seguros con respecto a los grandes deberes que nos esperan en materia de la cultura, que es lo mismo que decir en materia del hombre, que es lo mismo que decir en materia de crecimiento, y que es lo mismo que decir en materia de futuro y de historia y de presencia de nuestros pueblos en el escenario universal.